Fold. 10.602
371.03
1

MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCION PUBLICA
DE LA NACION ARGENTINA

DIRECCION DE BIBLIOTECA E INFORMACION EDUCATIVA

DIRECCION GENERAL DE ENSEÑANZA RELIGIOSA

APUNTES DE MORAL

ADAPTADOS AL PROGRAMA OFICIAL DE LA MATERIA Y DEDICADOS, ESPECIALMENTE, A LOS ALUMNOS QUE DEBEN ESTUDIAR SIN PROFESOR

1945

1

INV 010602
SIG 170
371.03
LIB 1

3123

BOLILLA PRIMERA

Definición etimológica y real de los términos "moral" y "ética". Breve reseña histórica de su concepto. Actos humanos. Su naturaleza y elementos constitutivos. Diferencia entre actos humanos y actos del hombre. Análisis de la libertad. Sus clases. Libertad de indiferencia. Su demostración. Imputabilidad y responsabilidad.

DEFINICION ETIMOLOGICA

Los términos "Moral" y Etica" tienen orígen latino y griego ,respectivamente. *Mos*, en latín, y *Ethos*, en griego, significan lo mismo que nuestra palabra castellana *Costumbre*. Moral o Etica, en consecuencia, aluden etimológicamente a todo lo que se refiera a las costumbres, es decir: a la manera habitual de proceder, a la conducta.

Diferencia entre Etica y Moral

Con frecuencia se emplea la palabra *Etica*, para referirse a la ciencia que tiene por objeto el estudio de los principios a los cuales debe ajustarse una vida correcta; y el término *Moral* se reserva para expresar lo que se refiere al orden práctico de la conducta. En el fondo, ambos vocablos son equivalentes, y no habría inconveniente en usarlos indistintamente como sinónimos.

La realidad expresada por cualquiera de ambos términos, podríamos sintetizarla en esta definición: Es la ciencia que tiene por objeto el estudio de las normas o reglas a que han de ajustarse todos los actos del hombre, en orden a la consecución de su perfección propia.

Valor real de los principios morales

Ciertas inteligencias de tipo materialista, excesivamente superficiales a pesar de su pretendida superioridad, con frecuencia se permiten calificar de "prejuicios" todo lo que se refiere a las normas o principios de orden moral: para darnos cuenta de que esa manera de pensar sólo es posible en los que han prescindido de la más elemental reflexión, bastaría observar que los mismos que tan despectivamente hablan de "prejuicios" se sienten de inmediato ofendidos, si se los califica de "inmorales". Ciertamente es indudable que, si la Moral fuera un prejuicio sin valor, no

tendrían por qué molestarse cuando se les atribuye el no haberse sometido a ella.

La realidad es que, para cualquier persona que tenga normal el uso de sus facultades, hay una gran diferencia entre el hombre honrado y el ladrón, entre el generoso y el egoista, entre el hijo bueno y el rebelde, entre el compañero noble e hipócrita, entre el funcionario honesto y el que falta a sus deberes, entre el niño bien educado y el orillero procaz... ¿Por qué una manera de proceder es considerada digna de elogio, y otra se nos presenta como merecedora de reprensión o castigo? Por tal o por tales razones. Y bien: el estudio de esa o de esas razones es lo que constituye el objeto de la Moral.

¿El hombre tiene derecho a proceder siempre según su propio criterio?

Es evidente que, tratándose de ciertas actitudes o maneras de proceder concretas, no siempre coinciden todos los hombres en cuanto a la apreciación de si son o no son conformes con las normas o reglas fijas, que deben orientar nuestra vida. Pongamos un ejemplo: Un médico se encuentra frente a un enfermo de cáncer, absolutamente incurable según los dictámenes de la ciencia; sabe que ese enfermo tiene que sufrir y hacer sufrir mucho, y que esos sufrimientos han de perseverar hasta que muera. El médico se compadece de esa situación, y resuelve solucionarla: le da una inyección y le provoca la muerte inmediata. ¿Ha procedido bien ese médico? ¿Es digna de elogio o de castigo esa actitud? Todos los que juzgamos con una conciencia formada en un ambiente de moral cristiana, sin pensarlo mucho ni poco, resolvemos casi instintivamente la cuestión, y nos pronunciamos en contra de la manera de proceder de ese médico. Pero tal vez haya quien piense de otro modo: ese médico, en realidad, ha hecho un gran bien al enfermo, ahorrándole una larga serie de sufrimientos inútiles. ¿Quién tiene razón? Para decidirlo, tendremos que decidir primero si el hombre tiene derecho a proceder siempre como se le antoje o si se debe someter a normas fijas de conducta, anteriores y superiores a su propia voluntad o criterio: el estudio de esa cuestión, como el de todos los principios de orden general, corresponde también a esta parte de la Filosofía que se llama Moral o Etica.

BREVE RESEÑA HISTORICA DEL CONCEPTO DE MORAL O ETICA

El esfuerzo del hombre para alcanzar el conocimiento de la verdad, en cuanto se relaciona con los problemas humanos de más transcendencia, puede decirse que constituye lo que comunmente se llama Filosofía.

Un ligero examen de las civilizaciones más antiguas que se conocen, nos llevaría a la conclusión de que una de las preocupaciones dominantes en la filosofía de todos los tiempos ha sido precisamente la que se refiere a la ciencia de los principios que han de regir la conducta humana, en orden a la consecución de sus destinos y de su esencial anhelo de ser feliz, es decir: la ciencia de los principios morales.

Conceptos morales antes de Jesucristo

Las filosofías orientales — Egipto y pueblos asiáticas antes de Jesucristo — en cuanto a los principios de moral se refiere, puede decirse que coinciden en afirmar: 1º La realidad y la supervivencia del alma humana. 2º La existencia de un ser supremo — generalmente único — ante quien el hombre se siente responsable de todos sus actos. 3º La sanción de la ley natural, es decir: la existencia de premios o castigos ultraterrenos.

Progresos de nobleza en los principios morales

Como veremos más detalladamente en la bolilla cuarta, a partir de las doctrinas filosófico - religiosas de los magos de la antigua Persia, pasando por las interesantísimas especulaciones de la India y por los genios sobresalientes de la Grecia, hasta llegar a la cumbre majestuosa de la moral cristiana, se advierte un constante esfuerzo de ascensión en la nobleza de los principios reguladores de la conducta humana, que demuestra sin lugar a dudas lo universal de una convicción que se afirma, cada vez con más solidez, en la conciencia del ser racional: el problema más importante para el hombre es el que consiste en saber cómo debe vivir, cómo deber ser, cómo debe conducirse, para mantener su dignidad altísima de Rey del mundo sensible, su condición ciertamente honrosa de ser y sentirse enormemente superior al resto de los seres que lo rodean. El hombre presiente, sin duda, que su vida no termina en el se-

pulcro, y que su felicidad no podrá realizarse en la tierra.

Paralelamente con esa preocupación, se advierten los desfallecimientos y las caídas de la razón humana, que se pierde con frecuencia entre las sombras de los errores más ridículos y más groseros; y llama la atención la característica sorprendente de un pueblo, que se distingue precisamente por la pobreza de sus especulaciones intelectuales y por el retardo evidente de su cultura, y que, sin embargo, alcanza y mantiene conceptos morales de una elevación verdaderamente admirable: es el pueblo hebreo, el que se dice depositario de las revelaciones divinas. No discutiremos aquí si esas revelaciones han existido, pero el hecho apuntado es ciertamente innegable.

Deficiencias de la Moral precristiana

En general, hasta la venida de Jesucristo, el Maestro máximo de quien pudo decirse, en admirable síntesis, que "pasó por la tierra haciendo el bien", es necesario reconocer que los principios morales de los diversos sistemas filosóficos se han detenido muy lejos del nivel indispensable para alcanzar el ideal del hombre perfecto, tal como hoy lo concebimos.

Las mentalidades más poderosas, como Platón y Aristóteles, por ejemplo, no tuvieron reparos en admitir la esclavitud, la eliminación de los seres débiles, el desconocimiento de los derechos de la institución familiar por parte del Estado, la limitación de los nacimientos, etc. La ausencia de todo espíritu de abnegación y sacrificio, como consecuencia de la lucha constante por liberarse del dolor, hace que todos estos sistemas aparezcan inficionados de un mal disimulado egoismo, incompatible siempre con el verdadero concepto de perfección moral.

La moral de Cristo

Jesucristo entra en el escenario humano anunciando la "paz para los hombres de buena voluntad"; por primera vez se oye en la tierra la palabra "fraternidad" aplicada a todos los hombres, cualquiera sea su religión, su raza o su cultura; habla de la autoridad y reconoce todos sus derechos, pero insiste en que toda superioridad debe emplearse, no para explotar sino para servir a los inferiores; enseña la justicia, y la perfecciona hasta exigir que no nos contentemos con el reconocimiento de los derechos de nuestros semejantes, sino que tengamos en cuenta también sus necesidades, para ayudarlos a salir de ellas; condena el odio y la venganza, y nos exhorta a extender los beneficios de nuestra buena voluntad aún a aquellos que parezcan o sean realmente nuestros enemigos; predica el espíritu de tolerancia, y lo hace desde la cruz en que muere perdonando y disculpando a sus propios verdugos.

En este nivel de perfección admirable pretenden situarnos esas enseñanzas sublimes, en cuya influencia enaltecedora se vienen desenvolviendo veinte siglos de civilización cristiana.

ACTOS HUMANOS
SU NATURALEZA Y ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

Acto, en general, es el ejercicio de cualquier facultad que tenga aptitud para hacer algo. La mirada es un acto de los ojos; el pensamiento es un acto de la inteligencia; el querer es un acto de la voluntad. Actos humanos son los que el hombre realiza procediendo como hombre, es decir: sabiendo lo que hace y decidiéndose a hacerlo por su propia voluntad.

En consecuencia, son dos los elementos que constituyen el acto humano, a saber: a) Conocimiento con advertencia actual; b) Libre decisión de la voluntad.

El distraído que lleva el cigarrillo a la boca por el extremo encendido, sabe que no es esa la forma más conveniente para la finalidad que persigue, pero no se da cuenta en el momento, no lo advierte, *y, en consecuencia, no realiza un* acto humano. *El delincuente que concurre a la comisaría, conducido por la autoridad policial, advierte lo que hace, pero no lo hace por libre decisión de su voluntal, y, en consecuencia, no realiza un* **acto humano.**

Diferencia entre actos humanos y actos del hombre

Entre *actos humanos* y *actos del hombre* hay una diferencia esencial: los primeros son los anteriormente descriptos; los *actos del hombre* son los que el hombre realiza sin darse cuenta o sin la indispensable libertad; por ejemplo: la respiración, los movimientos mientras duerme, la reacción de estremecimiento frente al peligro, etc.

ANALISIS DE LA LIBERTAD
SUS CLASES

Sin entrar en profundas disquisiciones con respecto al concepto filosófico expresado por la palabra "libertad", el sentido común nos dice que ser libre es equivalente a estar en condiciones de poder actuar de acuerdo a nuestro criterio, de acuerdo a nuestro parecer y, en cierto modo, de acuerdo a nuestro gusto.

En términos menos vulgares, podríamos definir la libertad, diciendo que es: *La facultad de obrar por propia decisión, sin imposiciones inevitables, extrañas a nuestro querer.*

Tener facultad de obrar por propia decisión es tener facultad de *elegir,* entre diversas maneras de proceder. Ahora bien; la elección supone la consideración de ventajas e inconvenientes, es decir: supone razonamiento; de donde se deduce que sólo el ser racional puede ser libre.

La libertad, así entendida, suele llamarse libertad de elección, y también: *libertad de indiferencia,* porque el que tiene facultad de obrar por propia decisión no está inevitablemente obligado a proceder de una manera determinada: está en situación de indiferencia, y es él mismo quien debe decidirse en un sentido o en otro.

Diversas clases de libertad. Para no vernos obligados a excesivas consideraciones de carácter filosófico, distinguiremos solamente dos clases de libertad, a saber: a) Libertad física. b) Libertad moral.

Libertad física es la que no está impedida por una real violencia exterior. *El encarcelado carece de libertad física para salir de su prisión. El asaltante tiene libertad física para atentar contra la vida y los bienes del transéunte desprevenido.*

Libertad moral es la que no está limitada por ninguna imposición de orden obligatorio. *Yo soy moralmente libre para instalar un comercio honesto. En cambio, no soy moralmente libre para perjudicar a mis semejantes, porque el deber de justicia y caridad me lo prohibe, aunque no me lo impida físicamente.*

El hombre es libre con libertad de indiferencia

Nuestra experiencia nos enseña que constantemente

realizamos actos que podríamos no haber realizado; que para llegar a un punto determinado, tomamos por una calle, sabiendo que podríamos haber tomado por otra cualquiera; que si hemos hablado mal del prójimo, podríamos no haber hablado o podríamos haber hablado bien; que si hemos preparado con diligencia nuestras lecciones y deberes, podríamos no haberlo hecho.

Por otra parte, lo mismo que pensamos con respecto a nosotros mismos, lo pensamos con respecto a los demás; y si condenamos la actitud del hipócrita, por ejemplo, lo hacemos porque tenemos la convicción de que ese hombre podía haber procedido con franqueza; y si manifestamos gratitud a quien nos presta un servicio cualquiera, lo hacemos porque tenemos la convicción de que podría habérnoslo negado.

El remordimiento por las malas acciones y la satisfacción del deber cumplido; la reprensión y el elogio; el castigo y el premio, suponen siempre libertad en el que ha realizado el acto que produce remordimiento o causa satisfacción o justifica el elogio o hace razonable la reprensión o el castigo; de otra manera, carecerían de razón de ser esas diferencias en la manera de apreciar los diversos actos: al que hace una cosa sin poder evitarlo, no se le pueden reconocer méritos ni culpas.

Con esta experiencia que nos da la convicción indiscutible de la existencia de la libertad o libre albedrío, coincide lo que la razón advierte con toda claridad, en el orden teórico. En efecto, cuando la voluntad humana elige o decide, lo hace de acuerdo a las ventajas e inconvenientes que la inteligencia alcanza a ver. Ahora bien; entre las posibles resoluciones que pueda adoptar la voluntad, nunca se presenta una que ofrezca todas las ventajas y elimine todos los inconvenientes, y, en consecuencia, la voluntad no se puede encontrar nunca en situación de sentirse inevitablemente arrastrada hacia una determinada decisión.

Pongamos un ejemplo: *Me ofrecen un regalo de cien mil pesos, y yo debo decidirme entre la aceptación o el rechazo. La inteligencia me presenta muchas razones en favor de la aceptación: los cien mil pesos me hacen posibles muchas comodidades y me facilitarán la realización de muchos sueños; me pueden resolver serios problemas y me*

ahorrarán grandes preocupaciones; me evitarán en adelante muchas situaciones desairadas en que me he encontrado con frecuencia, a causa de mis estrecheces económicas; por otra parte, el que me los ofrece lo hace con toda espontaneidad y con toda corrección , y sentirá un enorme placer en que se los acepte, porque quiere demostrarme toda su gratitud por la atenciones que he tenido con él... Tengo ciertamente muchas razones en favor de la aceptación, pero *¿cómo interpretarán esto los que se enteren de tal regalo? Van a suponer que alguna razón oculta debe haber en todo ello, y mi honor puede quedar muy mal parado... Ese solo* pero *puede decidirme a rechazar el ofrecimiento. Aceptaré o no aceptaré, pero siempre la resolución definitiva será consecuencia de mi* libre decisión, *siempre me quedará la convicción de que podría haber hecho lo contrario de lo que resolví hacer.*

En todas las situaciones que se me presenten, siempre me encontraré con lo mismo: no hay un solo valor creado que no lleve la mezcla de algún inconveniente, y, en consecuencia, ninguno arrollará inevitablemente mi libertad.

El hombre es libre, pero no es ilimitada su libertad

La libertad humana está limitada, en efecto, por factores de diversa índole: la voluntad ajena que, muchas veces, logra imponersenos; las dificultades materiales que impiden la realización de nuestros deseos; las exigencias del deber, a las que siempre debemos someternos; la lucha interna entre nuestros deseos espirituales y nuestras tendencias sensibles, etc. El encarcelado, aunque *quiere* salir de su prisión, no puede porque se lo impiden las rejas y los guardianes; yo *quisiera* realizar un viaje a la China, y no puedo hacerlo porque no tengo el dinero para pagar los gastos: *me gustaría* aceptar la invitación a participar en una excursión campera, y tengo que rechazarla porque el deber me obliga a concurrir a la escuela, a la oficina, al taller; *tengo interés* en corregir la mala costumbre de llegar tarde a todas partes, y mi negligencia o mi descuido me vencen; *me sería muy grato* apoderarme de un magnífico reloj que pude sustraer sin que nadie me viera, pero mi conciencia honrada me impidió darme ese gusto...

Sólo Dios es soberana e ilimitadamente libre, porque sólo El está libre de toda limitación, y de nadie ni de nada puede depender. Nuestra libertad física puede ser limitada, justa o injustamente, por fuerzas externas que logren dominarnos. Nuestra libertad moral está siempre limitada por las exigencias del deber: aunque *podamos* nunca *debemos*, nunca nos es lícito realizar lo malo, lo que no está de acuerdo con nuestra irrenunciable rectitud.

IMPUTABILIDAD Y RESPONSABILIDAD

Cuando realizamos un acto cualquiera, o cuando nos negamos a realizarlo, hemos hecho uso de nuestra libertad y nos hemos hecho acreedores a elogio o a reprensión, a premio o a castigo; nos hemos puesto en condiciones de que se nos pueda pedir cuentas de por qué hemos realizado o hemos dejado de realizar ese acto. Esa situación que se nos crea, como consecuencia del uso de nuestra libertad, se llama *responsabilidad.*

El acto que hemos realizado o la omisión en que hemos incurrido, por propia y libre decisión, pueden *cargarse en la cuenta* de lo que se refiere a nuestra responsabilidad, pueden *imputársenos.* La imputabilidad se refiere a los actos libremente realizados y a las omisiones libremente aceptadas: la responsabilidad se refiere al que realizó esos actos o incurrió en esas omisiones. Es decir: *el acto es imputable* a su autor. *El autor es responsable del acto.*

BOLILLA SEGUNDA

Doctrinas opuestas a la libertad. — Exposición y refutación de sus argumentos. — El determinismo. — Su peligrosidad e inconsistencia. — Impedimientos de la libertad y atenuantes de la responsabilidad. — Límites de la libertad. — Peligrosos excesos sobre su concepto.

DOCTRINAS OPUESTAS A LA LIBERTAD

Como este programa no es de psicología sino de moral, entendemos que esta pregunta ha de referirse a un elemental recuerdo de los sistemas doctrinarios que niegan la existencia de la libertad humana, es decir, que están en contra de todo lo que hemos expuesto y demostrado, en la bolilla anterior, con respecto a este tema.

Esos sistemas son muchos; pero, en atención a que casi todos podrían reducirse a la categoría de simples errores pasados, que ya no suelen tenerse en cuenta, vamos a referirnos sólo a los que han tenido, o pueden tener alguna influencia, en cuanto se relaciona con el valor de los principios de orden moral, cuya exposición y fundamentos corresponden al desarrollo de este programa.

Interpretando con este criterio el sentido de esta pregunta, los sistemas principales a que se refiere serían los siguientes:

a) *Los fatalistas.* Sostienen que todas las acciones humanas — y lo mismo podría decirse de todo lo que sucede en el universo — obedecen a las decisiones del Destino, sin que el hombre pueda hacer nada para libertarse de tal influencia.

Esta es una simple afirmación, en favor de la cual no se conoce ninguna razón valedera. Como, por atra parte, tal afirmación está en contra de lo demostrado en la bolilla anterior y en contra de nuestra propia experiencia, no hay motivo para ocuparse con más amplitud de tales sistemas.

b) *Los materialistas.* Afirman que los actos humanos son un producto inevitable de las actividades de nuestro organismo — cerebro, corazón, vísceras, etc. — lo mismo que la saliva es un producto inevitable de las glándulas salivares.

Como en el caso anterior, podemos decir que esta doctrina está en contra de nuestra experiencia y del sentido común. La presencia de la policía frena los propósitos del ladrón; un buen consejo modifica con frecuencia una mala resolución tomada; planes perfectamente estudiados se cambian , por una circunstancia cualquiera que no se había tenido en cuenta. En cambio, las glándulas no dejan de producir saliva por respeto a la autoridad ni por influencia de ningún consejo ni por reflexiones o razonamientos de cualquier especie que sean.

Es demasiado deprimente y demasiado absurdo el suponer que el hombre no es más que un conjunto de células diversamente dispuestas: por encima de todo eso está la inteligencia racional, está la voluntad libre, está la conciencia insobornable.

c) *La escuela criminalista italiana.* Esta escuela niega especialmente la existencia de la libertad en los criminales que califica de "instintivos" o "natos", y que actúan sin poder evitarlo, como consecuencia de taras hereditarias, de mala educación recibida, de influencias de ambiente, etc. Esta doctrina, como tal, no estaría en contradicción con la tesis de la libertad sustentada por nosotros, ya que el hecho de que existan "algunos delincuentes natos", es decir: enfermos de la voluntad, inclinados de tal modo al delito que se sientan incapaces de evitarlo, no demostraría que *el hombre* en general carece de libertad; de la misma manera que el hecho de que haya un hombre o muchos hombres privados del sentido de la vista, no demuestra que *el hombre* en general es ciego.

Pero los representantes de esta escuela — Lombroso, Ferri, Dorado Montero, etc. al exponer sus razonamientos para demostrar la falta de responsabilidad de los delincuentes "instintivos", generalizan la cuestión y pretenden demostrar que el hombre procede *siempre* bajo el influjo de circunstancias ajenas a su propia voluntad, y, en consecuencia, no puede decirse que goce de la facultad de libre decisión en sus actos.

Generalizada así la cuestión, tendríamos que contestarle con las mismas observaciones que hemos hecho a los otros sistemas anteriormente citados: tenemos a nuestro favor la experiencia propia y ajena, y en apoyo racional de esa misma experiencia, tenemos los argumentos expuestos en la primera bolilla, argumentos que no han sido de ninguna manera invalidados.

La virtud supone siempre lucha y esfuerzo

En cuanto a la exstencia de posibles delincuentes "natos", en el sentido que la escuela criminalista da a este término, es innegable que hay hombres que sienten más dificultad que otros para someterse al cumplimiento del deber; y es innegable también que esa modalidad pueda agravarse como consecuencia de la deficiente educación recibida, del mal ambiente en que han vivido, de los malos instintos contra los cuales no se les ha enseñado a luchar, etc. Pero *la dificultad no es imposibilidad.* También hay estudiantes a quienes el esfuerzo del estudio les resulta mucho más costoso que a otros, y, sin embargo, luchan para vencer, perseveran en su esfuerzo y, con frecuencia, se destacan

con brillantez en la profesión que eligieron y a la que llegaron venciendo toda suerte de dificultades.

La vida del hombre que aspira a mantener su dignidada y enaltecerse constantemente, es una continua lucha entre las dos tendencias encontradas que lleva dentro de sí mismo: la representada por sus potencias espirituales — *fuerza de elevación* — y la que se concreta en sus instintos sensibles — verdadero peso muerto que dificulta los vuelos del espíritu. Podríamos comparar esta manera de ser del hombre a la del avión que despega de la tierra, en ansias de altura. La carga tiende a vencer la fuerza ascensional del motor; pero a pesar de todas las leyes de la gravedad, la carga es arrastrada hacia arriba, cuando el motor ha logrado robustecer su potencia. El espíritu, en el hombre, es el motor que tiende a elevarse y que debe arrastrar en su vuelo la carga pesada de nuestros defectos, de nuestras tendencias desordenadas, de las bajezas instintivas de la "bestia" que llevamos dentro de nosotros mismos. Para que la elevación sea posible, hay que darle fuerza al motor: hay que robustecer las potencias del espíritu con ideales de gloria, con alto concepto de la dignidad y del honor, con mirada de águila hacia la cumbre de nuestros grandes destinos, con ansias de acercamiento hacia el ideal máximo, que es la perfección infinita de Dios, a cuya "imagen y semejanza", según la frase bíblica, hemos sido creados.

Un gran conductor de almas nobles, que se llamó Ignacio de Loyola, llegó a decir con una sinceridad que conmueve y entusiasma los *espíritus realmente generosos* y grandes: "Qué basura me parece la tierra, cuando dirijo la mirada al cielo!" Las grandes satisfacciones del espíritu que se eleva, por fuerza deben restar interés a esas migajas y desperdicios de felicidad, que han caído de la mesa noble del hombre-rey, para ponerse al alcance de las bajezas del hombre-bestia. Las satisfacciones del espíritu son *características* del hombre; las satisfacciones de sentido *no demuestran* superioridad sobre la bestia.

PELIGROSIDAD DE LAS DOCTRINAS QUE NIEGAN LA LIBERTAD

La peligrosidad de las doctrinas adversas al concepto

de la libertad del hombre es evidente; porque en el supuesto de que el hombre no fuera libre, desaparecería toda responsabilidad en sus actos; sería indiferente que se condujera bien o se condujera mal: que fuera *honrado o ladrón*, correcto o depravado, egoista o generoso, leal o traidor, respetuoso de los derechos de los demás o preocupado solamente de sus intereses o conveniencias.

Esta mentalidad nos pondría en la situación de una constante lucha de fieras, manejadas sólo por los instintos. Felizmente no es esa la mentalidad general de los hombres, y si alguna vez *sentimos* la humillación y el remordimiento de la derrota, nos sobran fuerzas y optimismo, para darnos cuenta de que podemos levantarnos y triunfar. El hombre lleva en su propia voluntad el timón seguro de sus destinos, y el Creador lo ha puesto en condiciones de que, aferrándose a él con firmeza, no haya olas ni tormentas que puedan torcer definitivamente sus rumbos de gloria.

IMPEDIMENTOS DE LA LIBERTAD Y ATENUANTES DE LA RESPONSABILIDAD

Los obstáculos que podemos encontrar, para el ejercicio de nuestra libertad innegable, pueden reducirse a dos categorías: a) los que dificultan la visión de la inteligencia. b) los que entorpecen la acción de la voluntad.

Con respecto a los primeros, se destacan la *ignorancia* y la *duda*. El que realiza un acto *sin saber* que estaba prohibido, o el que deja de realizarlo *sin saber* que era obligatorio, no puede decirse que ha obrado libremente, porque no estuvo en condiciones de pesar los motivos que tenía en favor o en contra, para decidirse razonablemente: su responsabilidad, por esta causa, se atenúa o desaparece. El que no ignora del todo la prohibición o el mandato, pero tiene motivos serios *para dudar* al respecto, tampoco puede decirse que tenga a su alcance *todos* los datos para resolver su problema en forma razonada: en consecuencia, su libertad está disminuída, y su responsabilidad deja de existir o, por lo menos, se atenúa.

Los obstáculos que obran directamente sobre la voluntad son: a) el miedo; b) las pasiones.

El estudiante que debe concurrir al colegio, en un día de huelga injusta, conoce perfectamente su deber, pero el

hecho de tener que enfrentar la amenaza de sus compañeros en huelga le puede provocar la perturbación propia del miedo: *dificulta*, en consecuencia, su libre decisión, y en la misma medida reduce su responsabilidad.

Las pasiones — vehementes perturbaciones del ánimo, acompañadas de conmoción en el organismo — le crean también a la voluntad una situación anormal, que le impide la serenidad necesaria para decidirse. En estas condiciones, la libertad queda evidentemente limitada, y la responsabilidad disminuída.

Estos atenuantes suelen ser tenidos en cuenta por los tribunales humanos, y no hay motivo para que los desconozca el más insobornable de los tribunales: la conciencia.

LIMITES DE LA LIBERTAD

Se ha dicho que nuestra libertad — lo mismo que nuestro derecho — termina donde comienza la libertad de los demás. Es decir, que no podemos hacer lo que se nos antoje, cuando ese antojo nuestro llega a chocar con la misma libertad que debemos reconocerle a los que con nosotros conviven. Eso es cierto en parte, pero no es suficiente: nuestra libertad termina donde la ley o la conciencia se le imponen, aún cuando se trate de actos puramente internos, en los cuales nada tengan que ver nuestros semejantes. Nuestra libertad termina también, si nos atenemos a la moral cristiana, donde las necesidades de nuestros prójimos reclaman nuestra colaboración de buena voluntad, aunque ningún derecho estricto se pueda invocar para obligarnos.

Si encuentro un hombre tendido en la calle — supongamos el caso que presenta la parábola del buen samaritano — la libertad no me da derecho a continuar mi camino, indiferente al dolor del que puede necesitar mis cuidados. Debo detenerme para ayudarlo, aun cuando ese desvalido sólo tenga *derecho* a que yo no me aproveche de su debilidad para injuriarlo o para agravar sus heridas.

El ser libre no equivale nunca a proceder como se nos antoje. El ser libres nos da derecho a que jamás se nos prive de lo necesario para cumplir nuestros deberes; pero no nos autoriza, en ningún caso, a proceder de acuerdo a nuestros caprichos, al margen de lo correcto y de lo digno.

Pensar o proceder de otra manera nos llevaría al *libertinaje*, que es la adulteración corruptora del sano y nobilísimo concepto de libertad.

PELIGROSOS EXCESOS SOBRE EL CONCEPTO DE LIBERTAD

La tendencia a exagerar las prerrogativas de la libertad constituye un serio peligro, desde el punto de vista de la perfección individual y, más todavía, en cuanto atañe a las relaciones humanas y dignas, que han de regular nuestra convivencia social. Se ha dicho con razón que "donde todos quieren ser libres, nadie es libre". Basta ver lo que sucede con el tráfico en una calle céntrica, cuando se retira la autoridad que lo dirige y todos se niegan a renunciar a su libertad para adelantarse: el resultado es que nadie se puede mover. La libertad exagerada y sin control arrastra a todos los inconvenientes de la anarquía.

Nuestro célebre Fray Mamerto Esquiú, en sus históricos sermones con motivo de la jura de la Constitución Nacional, sermones excepcionalmente elogiados por los vencedores de la más grave tiranía que conoce nuestra Historia, maldice la libertad desenfrenada y la califica de "aureola de fuego que ha secado, calcinado, la cabeza que orlaba". Por eso bendice a la Constitución y a sus creadores, "que se aunan y levantan sobre sus cabezas el libro de la Ley, y vienen todos trayendo el don de sus fuerzas e inmolando una parte de sus libertades individuales", para encauzar esa libertad que "había enrojecido de sangre el horizonte" y ahora sirve para animar "una creación magnífica que rebosa vida, fuerza, gloria y prosperidad".

También ahora tenemos peligro de excedernos en los entusiasmos de la libertad sin límites. Para merecerla y para conservarla, debemos cuidarnos de lo que necesariamente la corrompe y la destruye: el desconocimiento de los debidos límites que deben contenerla y orientarla. ¿Qué le sucedería al ferrocarril que pretendiera y consiguiera salirse de los rieles que limitan su libertad?

BOLILLA TERCERA

La teleología en la creación. — Argumentos que demuestran su existencia. — Fines próximos y remotos. Noción de fin último. — Fin del hombre. — En qué consiste su felicidad. — Hábitos adquiridos. Virtudes y vicios. — Noción de mérito.

LA TELEOLOGIA EN LA CREACION. ARGUMENTOS QUE DEMUESTRAN SU EXISTENCIA

Decir que hay una *teleología* en la creación es afirmar que todos los seres que la integran ha sido creados para algo, tienen señalada alguna finalidad.

La palabra *teleología*, en efecto, es una palabra de origen griego que significa todo lo que se refiere a finalidades propuestas, o que está relacionado con ellas.

A poco que observemos el universo que se dilata en torno nuestro, advertimos que la planta extiende sus raíces *para* buscar el alimento que le permita robustecer y desarrollar su vida. El ave hace su nido *para* defenderse contra las inclemencias del tiempo y para descansar y criar sus polluelos. El sol calienta la superficie de las aguas *para* evaporarlas y filtrarlas y purificarlas y hacerlas capaces de servir con esplendidez a todas las necesidades de los seres vivos.

El hecho de que no conozcamos la finalidad o la razón de existir de cada uno de los seres que integran la creación, no quiere decir que cada uno no tenga su finalidad bien propia y determinada: ese desconocimiento, por nuestra parte, sólo demuestra que nuestra inteligencia es muy limitada, y que necesitamos mucho tiempo para ir descubriendo, poco a poco, las maravillas que se nos ocultan en la grandeza enorme del universo. Pero basta lo poco que conocemos, para darnos cuenta del orden admirable que regula toda la naturaleza, y para advertir que su Autor nada hizo al acaso y porque sí, sino que en todo hay un verdadero encadenamiento de fines, en orden a una perfección general, como finalidad última.

Los seres vegetales, al asimilar a los minerales incorporándolos a su propia vida, los elevan de categoría, los llevan hacia una mayor perfección. Los animales, al asimilar el vegetal lo elevan también y lo hacen capaz de moverse, de sentir. El hombre que asimila al animal, en su alimentación y haciéndolo parte de su propia vida, continúa este esfuerzo de elevación constante. El humildísimo átomo que apareció vibrando en el seno de la materia inerte, llega a vegetar en la hierbecita, llega a sentir y cantar con el ave, llega a discurrir y alentar ideales en el cerebro y en el corazón del hombre. Y, en el concepto de la fe cristiana, el hombre mismo, incorporado en cierto modo a la Divinidad en la persona de Jesucristo, lleva ese esfuerzo constante de elevación hasta Dios, en cuya omnipotencia todo ser tiene su origen.

Hay un orden evidente en la naturaleza, hay una finalidad y, en consecuencia, hay una inteligencia sobre humana que se ha propuesto y organizado todo ese admirable encadenamiento.

FINES PROXIMOS Y REMOTOS

Fin, en general, es un bien que se procura conseguir por los medios apropiados.

El joven que se propone distraerse correctamente en una tarde aburrida de domingo, se propone un fin: la distracción honesta. Para conseguirlo, concurre a un partido de fútbol o entra en una sala de cinematógrafo. La concurrencia a la sala de cine o a la cancha de fútbol son los medios utilizados para conseguir su propósito, para lograr el fin propuesto.

Fin próximo es aquel cuya consecución se propone de inmediato, sin que sea necesaria la consecución previa de otro. *Fin remoto* es aquel cuya consecución se propone, mediante la previa consecución del fin próximo.

Pongamos un ejemplo: Un herrero se propone horadar una viga de hierro. Para poder realizar su propósito, necesita conseguir una mecha de acero. Con esa intención, se dirige a una ferretería y adquiere la mecha que le hace falta. La adquisición de la mecha sería el fin próximo. La realización del agujero en la viga sería el fin remoto.

Por otra parte, el agujero en la viga lo quería practicar para algo: por ejemplo, para sujetar en él las cadenas de una hamaca; y la hamaca misma no la coloca porque sí, sino para que sus hijos puedan divertirse hamacándose en ella.

La realización del agujero en la viga de hierro sería, entonces, un fin remoto. La colocación de la hamaca, un fin más remoto todavía: y la diversión de sus hijos constituiría otro más remoto que el anterior. De donde se deduce que la serie de los fines remotos puede extenderse indefinidamente, hasta llegar a un fin último. Todos los anteriores son fines remotos, respecto del que le precede; pero, en realidad, son simples medios respecto del *fin remoto* que les sigue.

NOCION DEL FIN ULTIMO

Veíamos en la pregunta anterior que los fines remotos — que también suelen llamarse intermedios — pueden ordenarse a la consecución de un fin ulterior. Y bien, *fin último* es aquel que se busca por su propia importancia o valor, sin que pueda utilizarse para la consecución de ninguna otra finalidad más alta.

En realidad, nada hay en la tierra que nos presente las características de fin último, porque lo más valioso que puede imaginarse, durante nuestra existencia terrena, sería una felicidad que llegara hasta la muerte. Ahora bien, es evidente que, en nuestra capacidad de deseo, cabe el anhelo de una felicidad que no termine; y, en consecuencia, el fin último no puede tener realización dentro de un existencia lmiitada que termina en el sepulcro.

FIN DEL HOMBRE

Juzgando con un elemental razonamiento de sentido común, tendríamos que llegar a la conclusión de que el fin del hombre, como el de todos los seres creados, es la realización máxima de todas sus posibilidades, es decir: su perfección.

Ahora bien: la perfección del hombre supone la perfección de su inteligencia — capacidad de conocer—, y la perfección de su voluntad — capacidad de querer o desear.

La capacidad de la inteligencia no se agota con el conocimiento de las cosas limitadas, porque, si es limitado lo que conoce, siempre podría conocer algo más.

La capacidad de la voluntad tampoco se agota con la posesión de los bienes limitados, porque es indefinida su capacidad de deseo, y aunque pudiera lograr la posesión

simultánea de todos los bienes terrenos, siempre podría desear algo más; por lo menos, podría desear que no terminaran.

El fin del hombre, es decir: el bien con respecto al cual tienen carácter de simples medios todos los otros fines que estén a su alcance, *no puede lograrse en la tierra.* El fin del hombre — nos referimos, por supuesto, al fin último — tiene que consistir en alcanzar la verdad sin límites y poseer el bien infinito. Ahora bien; sólo Dios puede ser verdad sin límites y sólo Dios puede ser bien infinito. Idego *el fin último del hombre no puede ser sino Dios.*

¿En qué consiste la felicidad del hombre?

La experiencia nos enseña que el hombre va desarrollando su vida, a través de un constante esfuerzo para acercarse a la felicidad, y de una constante esperanza de lograr ese anhelo. Cuando es niño, pone su felicidad en la posesión de un juguete: si lo consigue, es feliz *por un momento;* pero pasa ese momento, y se da cuenta de que su felicidad no consistía, sino muy transitoriamente, en la posesión de un juguete. Abandona el juguete, y pone su felicidad en conseguir una bicicleta, un reloj de pulsera, un petizo... Pasa ese nuevo momento de felicidad transitoria, y cambia: comienza a forjarse ideales de más valor, piensa en porvenires brillantes, se entusiasma con una profesión determinada, acepta con ese propósito el esfuerzo del estudio, combina todo eso con incipientes anhelos sentimentales... En todo eso, si encuentra un momento de felicidad, no pasa de ser un momento, y... de nuevo cambia: las riquezas, el turismo, el ideal artístico, la gloria, el hogar bien formado! Y en el momento mismo de expirar, sigue esperando y sigue buscando, porque no ha encontrado todavía *esa felicidad definitiva* cuyo anhelo lo arrastra con fuerza irresistible. El cuerpo se le desmorona y "vuelve al polvo de que había sido formado", pero EL sale de esta vida, demostrándonos con su esperanza insatisfecha que *todo lo limitado* es insuficiente para concretar el supremo ideal del hombre, no constituye su felicidad definitiva.

Luego la felicidad definitiva del hombre *necesariamente* está en lo infinito, es decir: en Dios.

Con razón decía el gran filósifo de Hipona, el porten-

toso San Agustín: "Nos has hecho, Señor, para Tí; y el corazón no descansa hasta que descanse en Tí".

Hábitos adquiridos

Si no nos empeñamos en una excesiva exigencia con respecto a la exactitud de las palabras, y en cuanto es necesario para la interpretación de este programa, podemos decir que "hábito" y "costumbre" significan lo mismo.

Una definición elemental, pero suficientemente clara de hábito o costumbre podría ser la siguiente: es una cualidad que se agrega a la naturaleza y que aumenta su facilidad de acción.

El conductor que comienza a manejar un automóvil, aunque sepa teóricamente todo lo necesario para un manejo correcto, de entrada se encuentra con dificultades para todos los movimientos que debe realizar, y, con frecuencia, los realiza mal o tarde. A medida que aumenta su ejercicio y que se ve obligado a *repetir* el mismo movimiento, lo va haciendo con más facilidad, hasta que llega a realizarlo casi sin esfuerzo y sin darse cuenta. Ese conductor *adquirió un hábito, una cierta facilidad* para el manejo del automóvil.

Luego el hábito se adquiere con la realización repetida de los actos a que el hábito o costumbre se refiere. Con razón suele decirse que "los hábitos hacen una segunda naturaleza", porque la perfeccionan en orden al ejercicio de las actividades que le son propias.

Virtudes y Vicios

Los hábitos adquiridos, cuando se refieren a las actividades de carácter moral, se llaman Virtudes o Vicios, según que representen una mayor facilidad, inclinación o tendencia a la realización de actos conformes con la recta razón o disconformes con la misma. Así puede decirse que: La virtud es una inclinación al bien; y Vicio es una inclinación al mal.

El hombre de temperamento excesivamente irascible, si constantemente procura controlarse a base de reflexión y vencimiento propio, terminará por adquirir *la virtud de la paciencia*. El hombre que con frecuencia cede a las circunstancias o se deja arrastrar por invitaciones malsanas y toma con exceso bebidas alcohólicas, muy pronto se sentirá dominado por el *vicio de la embriaguez*.

Los vicios capitales, llamados así porque suelen ser fuente y origen de muchos otros vicios, son los siguientes: soberbia, avaricia, ira, gula, lujuria, envidia y pereza.

La soberbia es una tendencia desordenada a presentarse siempre como superior a los demás y a despreciarlos.

La avaricia es una tendencia al acaparamiento excesivo de valores materiales o riquezas.

La ira es una tendencia a manifestarse irritado por cualquier insignificante molestia.

La gula es una tendencia desordenada a los placeres de la comida o bebida, al margen de lo necesario o conveniente.

La lujuria es una tendencia desordenada a los placeres de origen sexual no lícitos ni justificados por su finalidad natural, fuera del matrimonio.

La envidia es una tendencia desordenada a considerar como perjuicio propio el bien que los demás gozan.

La pereza es una tendencia desordenada a la dejadez y negligencia en el cumplimiento del propio deber.

Las virtudes opuestas, respectivamente, a estos vicios son: Contra soberbia, humildad. Contra avaricia, generosidad o largueza. Contra ira, paciencia. Contra gula, templanza. Contra lujuria, pureza o castidad. Contra envidia, nobleza y caridad. Contra pereza, diligencia.

Es conveniente hacer notar que el vicio no es un pecado, sino una tendencia, y, de consiguiente, un peligro. Pecado es cada uno de los actos que, repetidos, han llegado a formar el vicio o mala costumbre. Hay una positiva obligación de esforzarse por desarraigar los vicios, no por que sean pecados sino por el peligro que representan.

Noción de mérito

Con frecuencia hemos oido afirmar que San Martín *mereció bien* de la Patria, Fulano o Mengano es persona de *grandes méritos*, que tal o cual homenaje ha sido *muy merecido*. En estos y en similares casos, entendemos que el mérito supone siempre un acto moralmente encomiable que justifica la sanción del premio o del elogio. Y, en efecto, el mérito es siempre un valor moral, valor de un acto bueno y libremente realizado.

El mérito hace siempre relación al acto meritorio, a su autor y al beneficiado por el acto mismo. *San Martín*

mereció bien de la Patria. El heroismo y la abnegación de San Martín representan el acto o la serie de actos meritorios. San Martín es el autor de esos actos meritorios. La Patria, y todos los que nos honramos de ser sus hijos, somos los beneficiados por esos actos.

En consecuencia, el mérito puede definirse diciendo que es: el valor de todo acto libre y moralmente bueno, realizado en beneficio de alguien, y digno de ser recompensado.

El acto bueno es siempre meritorio, por lo menos ante Dios.

BOLILLA CUARTA

La moral antes de Jesucristo. — Conceptos morales en el Mazdeísmo, Brahmanismo y Budismo. — La moral en la China y en la Grecia presocrática. — El valor de los principios morales en las doctrinas de Sócrates, Platón y Aristóteles. — La moral del escepticismo en los estoicos y cínicos.

La moral antes de Jesucristo

La respuesta a esta pregunta —y lo mismo puede decirse de las restantes de esta bolilla— es de una extraordinaria elasticidad: podría llenar los volúmenes de una bien nutrida biblioteca, y puede también sintetizarse en muy escaso número de palabras. La finalidad perfectamente clara de este programa y el nivel medio del alumnado que debe desarrollarlo, marcan con no dudosa precisión el alcance real que debe dársele: se trata evidentemente de una elemental mirada de conjunto, más que suficiente para advertir la inseguridad con que se ha movido la humana razón, en torno a este problema que, sin embargo, no ha dejado de hacerse presente como algo fundamental en todos los sistemas filosóficos, desde los más rudimentarios esfuerzos de las civilizaciones primitivas, hasta las más altas cumbres de la especulación, alcanzadas por el pensamiento griego.

El hombre, a través de una larga sucesión de siglos, ha interpretado con más o menos justeza los preceptos fundamentales de la *ley natural* —lo que Dios ha sembrado en lo íntimo de las conciencias, según frase de Cicerón— pero no ha podido lograr una firmeza de orientación que lo pusiera a cubierto de las inquietudes propias de la duda, ni ha conseguido siquiera libertarse de la constante caida en la humillante aceptación de los errores más groseros.

Sócrates, Platón y Aristóteles marcaron, sin duda, el nivel más alto de perfección en la moral precristiana; pero el "sólo sé que no sé nada" tiene su lógico complemento en la afirmación de que "es necesario esperar que venga una divinidad a la tierra para traernos la verdad"; significativas y sinceras expresiones con las que estos grandes pensadores quisieron traducir su convencimiento de que el hombre, con sus solas fuerzas, no podrá jamás aclarar el fondo de ese misterio insondable, dentro del cual, sin embargo, se agita un problema de orden eminentemente práctico: cuál habrá de ser la conducta del hombre, para realizar ese anhelo incontenible de felicidad, con que lo trajo a la existencia la voluntad suprema del Creador.

Esta incertidumbre vacilante es, por otra parte, el único denominador común de todas las concepciones de orden moral, que van cambiando con las diversas culturas, desde las lejanías más remotas de la historia humana, hasta las vecindades de esa cumbre divisoria, que marca la presencia de Jesucristo entre los hombres.

A esa conclusión se llega inevitablemente, al recordar la historia de las ideas sobre el concepto de Moral, como es fácil comprobarlo con la ligera síntesis que va a continuación, de acuerdo con las exigencias del programa:

Conceptos morales en el Mazdeísmo

Llámase Mazdeismo —de la palabra Mazdáh— que quiere decir omnisciente— al conjunto de doctrinas filosófico- religiosas, cultivadas por los Magos de la antigua Persia, las cuales, más o menos corregidas o adulteradas, están contenidas en el Zend-Avesta, cuyo autor o tal vez simple coleccionador es Zoroastro, personaje misterioso que parece haber nacido en la Bactriana, hacia el siglo VII u VIII antes de Jesucristo.

Sus conceptos morales podrían sintetizarse en pocas palabras: Los padres del linaje humano salieron purísimos de las manos de Ahura Mazdáh —dios del bien—, pero se-

ducidos por Angra-Mainyu —dios del mal muy inferior al dios del bien— se contaminaron a sí mismos y a sus descendientes, al comer de la fruta de cierto árbol prohibido. De ahí la obligación de reconquistar la primitiva pureza, cumpliendo con las preces y ceremonias litúrgicas que están contenidas en el Zend-Avesta, y evitando los pecados que se prohiben en el mismo código, y que son casi todos los del Decálogo mosaico-cristiano, con excepción de la fornicación y el incesto, que más bien se recomiendan.

A las almas de los que así procedieren, bajo la protección de Ahura Mazdah y de una especie de ángeles tutelares buenos, les está reservado en un alto monte *un paraíso sensual.* Las demás, después de una serie de tormentos, en una más o menos larga transmigración, alcanzarán también la ansiada bienaventuranza.

Hay en todo esto un evidente recuerdo, aunque muy adulterado, de la primitiva revelación divina, que reclama para sí, con anterioridad de muchos siglos, el pueblo hebreo, al que nos referiremos más adelante.

Conceptos morales en el Brahmanismo

El brahmanismo tiene su origen en las regiones feracísimas del Ganges, hacia el siglo IX antes de Jesucristo.

"El modo práctico de libertarse del dolor" constituye tal vez lo más fundamental de sus especulaciones. El término definitivo del sufrimiento consiste en ser absorbidos en Brahma, Dios y autor del universo.

Para lograr esa absorción, es necesario el conocimiento de Brahma y la práctica de buenas obras.

Las buenas obras, *en cuanto se refieren a cada uno mismo,* consisten sobre todo en una especie de oración contemplativa y en la total abstención de placeres sensuales: *en cuanto se refieren a los demás,* se fundan especialmente en el reconocimiento de las célebres *castas,* negación absoluta y deprimente de la fundamental igualdad humana.

Conceptos morales en el Budismo

Contra las doctrinas brahmánicas, y a través de dos o tres siglos, surgieron varios sistemas de carácter más filosófico, entre los cuales se destacó el Budismo. La historia de Buda está mezclada con leyendas de toda especie. Parece que vivió alrededor del siglo VI antes de Jesucristo.

Protestó contra las castas brahmánicas, pero mantuvo el otro principio fundamental de la lucha humana contra el dolor. Supone él que el dolor humano procede principalmente de los deseos no satisfechos, y por esa razón insiste en la necesidad de reprimir los deseos, haciendo consistir la felicidad en una especie de total aniquilamiento, llamado Nirvana.

A pesar de su decantado entusiasmo por la virtud y el ascetismo, su moral es muy deficiente: contiene algunos preceptos buenos —en su mayor parte negativos— pero todos sus principios están influenciados por un cierto egoísmo, que tiende a no complicarse la vida y aislarse todo lo posible, para evitar fracasos que puedan ocasionar dolor.

La represión de los deseos lleva consigo la supresión de todo ideal —que también es un deseo— y hace imposible, en consecuencia, el riesgo y el heroismo, indispensables para todo progreso y perfección.

La moral en la China

Una de las características del pueblo chino ha sido siempre el aislamiento. Por esa razón y por su temperamento más bien positivista, el ideario chino de los tiempos a que nos referimos ha sido muy pobre y rudimentario.

La moral del taoismo, fundado por Lao-Tse en el siglo VII antes de Jesucristo, es ciertamente lamentable. Bastaría recordar, en efecto, una de sus afirmaciones fundamentales: "El término de la perfección es el no obrar". Para llegar a eso, hay que dejarse llevar de todos los instintos naturales. La ciencia, leyes y consejos son inútiles. El cuidado principal de los gobernantes es procurar que el pueblo vegete en la ignorancia.

Confucio, nacido en el año 551 antes de Jesucristo, se propuso volver las costumbres relajadas a su primitiva pureza. Con ese propósito, escribió una colección de máximas morales, carentes de toda base firme y no siempre aceptables ni mucho menos. Predicó la justicia y la bondad, pero en realidad no pasó de ser un simple oportunista.

La moral en la Grecia presocrática

No vamos a discutir aquí si los griegos fueron origi-

nales en sus doctrinas, o si las recibieron en gran parte de los pensadores del oriente. Lo cierto es que el pensamiento griego aparece todavía muy rudimentario en el siglo VII antes de Jesucristo; y aunque se destacaron, en el período que va hasta el siglo V, algunas escuelas muy dignas de tenerse en cuenta, en general puede decirse que el vuelo intelectual ha sido bajo, el problema moral muy descuidado, y las ideas filosóficas, en franco descenso, vinieron a quedar representadas por la petulancia ridícula de los "sofistas", que se contentaban con alardes de agudeza y de ingenio, para "demostrar" la verdad de lo falso, a base de argumentaciones falaces y de habilidad para la discusión.

Esta degradación intelectual y este desprestigio de la verdad y del pensamiento, coincidieron con el engrandecimiento material y político de la Grecia, pero coincidieron también con una relajación de las costumbres, verdaderamente llamativa y lamentable.

A pesar de algunas sentencias de los famosos "siete sabios", que todavía hoy se comentan con elogio, las ideas morales muy poco le deben al esfuerzo helénico de todo este período.

La moral en Sócrates, Platón y Aristóteles

Se puede afirmar con seguridad que estos tres personajes representan la cumbre más alta del pensamiento griego y, en cuanto la razón humana puede alcanzar, son considerados justicieramente como verdaderos genios.

Aunque los tres incurrieron en gravísimos errores, en cuanto al concepto de la Moral se refiere, no puede dudarse que dieron pasos de gigante, con respecto a sus predecesores, y es grato reconocer que se han alejado ya mucho de las puerilidades y absurdos, que tanto abundaban en anteriores civilizaciones.

En brevísima síntesis, vamos a referirnos a sus ideas sobre el problema moral.

Sócrates. Nació en el año 469 y murió en el 399 antes de Jesucristo. Se destacó por la austeridad de su vida, en una época de verdadera degradación moral. Insistió en la necesidad de "conocerse a sí mismo" y de proponerse como ideal la práctica de la virtud. Odiado por los sofistas y por los que eran víctimas de sus juicios condenatorios

contra los excesos de la inmoralidad, fué acusado de impiedad contra los dioses y de corruptor de la juventud, razón por la cual fué condenado a beber la cicuta, es decir: a suicidarse. Murió serenamente, refiriéndose a la inmortalidad del alma, en un célebre discurso.

Como orientación fundamental de su doctrina, afirmó que la sabiduría y la virtud se identifican. Según él, nadie puede ser malo si no es por ignorancia, porque el que realiza el mal, vo contra su propia felicidad; y nadie puede destruir su felicidad a sabiendas. *No se dió cuenta de que muchas veces, aun conociendo perfectamente en qué consiste el bien, no lo practicamos por debilidad o por irreflexión o porque nos vencen las tendencias sensibles desordenadas. "Veo lo mejor y lo apruebo —decía varios siglos después un filósofo romano— pero hago lo peor".*

Admitía la existencia de Dios, demostrada por la magnificencia de la naturaleza. Destacó la providencia divina —es decir: que Dios se preocupa de sus criaturas y que, en consecuencia, debemos tenerlo en cuenta— y afirmó que el hombre debe practicar las cuatro virtudes cardinales, que se llaman: prudencia, fortaleza, justicia y templanza. El autor de la ley moral es Dios, y en El está la sanción suprema. La vida presente sería despreciable si no existiera la futura.

Platón. Perteneciente a una familia nobilísima, nació en Atenas el año 427 antes de Jesucristo, y murió en el 347. Como filósofo, el el primero que nos presenta un sistema de doctrina verdaderamente completo y armónico, aunque no carente de serios y lamentables errores.

Sus conceptos morales podríamos resumirlos en los siguientes puntos:

1º—El fin último del hombre no puede estar representado por ninguna clase de satisfacciones terrenas, ya que todas están mezcladas con amargura y dolor: está en la contemplación eterna de la Idea del Bien, es decir: en Dios.

2º—El fin próximo, regulador de nuestra conducta, está en "irse asemejando a Dios", especialmente por la práctica de las cuatro virtudes: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. *En este, como en el punto siguente, está bien clara la influencia de Sócrates, de quien fué discípulo y amigo durante ocho años.*

3º—La bondad o malicia de los actos humanos no está en la voluntad, que tiende siempre al bien, sino en la razón que puede acertar o equivocarse, por influencia de los instintos o pasiones.

En el orden social, incurrió en gravísimos errores: defiende el gobierno oligárquico, dictatorial y despótico; no alcanzó a comprender la dignidad de la familia como institución: justifica la esclavitud y la eliminación de los niños que nacen enfermos o débiles.

Aristóteles. Nació en Estagira, el año 384, y murió en el 322, antes de Jesucristo. Vivió mucho tiempo en Atenas y asistió, durante veinte años, a la escuela de Platón.

Su actividad intelectual ha sido prodigiosa. Sus escritos abarcan todas las ramas del saber, de acuerdo con su pensamiento de que la filosofía debe ocuparse de todas las ciencias. No sería aventurado calificarlo como el filósofo máximo de la antigüedad precristiana. Su influencia perdura hoy todavía con firmeza, y difícilmente se perderá mientras haya pensadores en la tierra.

Con respecto a Dios: afirma que su existencia se demuestra por la teleología del universo, es decir: por el orden que en él existe y que supone la tendencia a un fin *inteligentemente* previsto y buscado.

Con respecto al hombre: sostiene que es un compuesto de cuerpo y alma. Esta es espiritual e inmortal.

Con respecto al fin del hombre: lo hace consistir en el ejercicio armónico de sus facultades, especialmente las espirituales. Con ese ejercicio, se llega a la perfección, se adquiere la virtud y se alcanza la verdadera felicidad.

Con respecto a la familia: la considera indispensable y con derechos anteriores a la sociedad civil, y sostiene que debe fundarse en el matrimonio, en el cual la mujer debe estar sometida al hombre, pero no como esclava sino como libre compañera.

En resumen, puede decirse que Aristóteles marcó con firmeza las líneas fundamentales de la filosofía moral de todos los tiempos, pero los graves errores en que también él incurrió, al descender al orden práctico de los múltiples problemas humanos, hacen que deba mantenerse todavía la significativa expresión: para alcanzar la verdad exacta en esta materia de tan difícil dominio para la razón humana, "es necesario esperar a que una divinidad baje a la tierra".

La moral del escepticismo en los estoicos, epicúreos y cínicos

Después de Sócrates, genio extraordinario que reaccionó contra la mentalidad de toda una época decadente y viciosa, apareció la "escuela cínica", adulteración torpe y degradante de las doctrinas del gran maestro. El desprecio de las ciencias, de los valores fundamentales de la virtud, y hasta de las formas más elementales de la cultura social, arrastró a las extravagancias más absurdas, tales como el célebre tonel de Diógenes, la proscripción de todo utensilio para la comida, la manía de vestirse con andrajos, etc.

A los altos vuelos de la filosofía aristotélica sucedió también un período de notable decadencia, traducida en el auge de dos sistemas doctrinarios, que no han hecho más que justificar aquello de "la noche de sombras en que se obscurece la mirada de la humanidad": estos sistemas se conocen con los nombres de "estoicismo" y "epicureismo".

Estos altos y bajos en el desarrollo del pensamiento humano son perfectamente explicables, por el pesimismo y desaliento a que da lugar la comprobación de que ni siquiera los grandes pensadores hayan podido alcanzar una seguridad absoluta en sus doctrinas.

El estoicismo. Su fundador fué Zenón, que nació en Chipre, el año 336 antes de Jesucristo. Gran admirador de las obras de Sócrates, consideró que lo único interesante en los estudios filosóficos es lo que se refiere a la moral. Su máxima fundamental fué que "se debe vivir y obrar conforme a la razón y a la naturaleza". El hombre perfecto sería el que —siglos más tarde— describe el poeta latino Horacio: "si el mundo cae hecho pedazos, las ruinas lo herirán sin inmutarlo". El hombre perfecto no debe dejarse vencer ni por el placer ni por el dolor. Debe sentirse superior a todo lo que no sea su propia dignidad; y cuando esa posición se le haga imposible, le corresponde quitarse la vida. Zenón llevó su ejemplo hasta el extremo, y murió suicidándose.

El epicureismo. El nombre alude a su fundador, Epi-

euro, que nació en Gárgatos, ciudad del Atica, 340 años antes de Jesucristo. En el fondo, el epicureismo coincide con el estoicismo, en cuanto acepta la imposibilidad de llegar al conocimiento de la verdad, de la cual, en consecuencia, habría que despreocuparse en absoluto. Pero, partiendo del mismo principio, el epicureismo saca conclusiones muy distintas: hay que gozar todo lo posible, y vivir lo más cómodo que se pueda; es bueno todo lo que causa placer, y es malo todo lo que desagrada o molesta. Como se ve, de todos los sistemas que hemos considerado hasta aquí, es éste el que menos se adapta a las elevadas exigencias de la dignidad humana.

La moral del pueblo hebreo. La Biblia.

La historia del pueblo hebreo, en cuanto se refiere a sus orígenes, a sus creencias, a sus costumbres y a sus ideales[9] está detalladamente registrada en la celebradísima *Biblia*, cuyos cinco primeros libros han sido escritos por Moisés, quince siglos más o menos antes de Jesucristo.

Es extraordinariamente llamativa la manera de ser de este pueblo, cuya cultura filosófica ha sido prácticamente nula hasta los tiempos de Jesucristo, y cuyas doctrinas teológico-morales marcan, sin embargo, el nivel de perfección más alta, alcanzado en la sucesión de todas las civilizaciones precristianas.

Al sintetizar por escrito las crencias de ese pueblo, que reclama para sí el privilegio de una constante asistencia divina, afirma Moisés:

1º La existencia de un Dios único, creador y soberano dueño de todo el universo.*

2º El orígen divino del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, y con destino a participar de su gloria por toda por toda la eternidad.

3º La explicación de la muerte — separación transitoria del alma y del cuerpo— como consecuencia del pecado a que se alude en el Génesis.

4º La esperanza en un Redentor —Dios hecho hombre —que "redimirá", es decir: que "comprará de nuevo" para los hombres la posibilidad de esa felicidad ultraterrena, que el pecado había hecho imposible.

5º La resurrección —re-unión del alma y el cuerpo, transitoriamente disociados por la muerte— y la sanción de premios o castigos eternos, según la conducta en esta *vida de prueba* que es la vida terrena.

Paralelamente con estas creencias en el orden doctrinario, Moisés resume también las orientaciones morales de su pueblo, en el tan conocido "Decálogo" que él mismo promulga a nombre de Dios, y que subsiste hoy todavía como síntesis de la moral cristiana.

Esas orientaciones nobilísimas —que no constituyen una especie de código penal, sino más bien un admirable conjunto de seguras normas de vida, para alcanzar la máxima perfección a que el hombre tiene el deber de aspirar— pueden reducirse a tres puntos fundamentales:

Deberes para con Dios: Reconocimiento de su unicidad y de su ilimitada soberanía, con exclusión de todo culto idolátrico o supersticioso. Respeto a su nombre santo, que no ha de pronunciarse siquiera si no es por graves motivos. Obligación de consagrarle determinados días de fiesta, que serán al mismo tiempo días de descanso.

Deberes para con los semejantes: Se destaca especialmente la obligación de honrar a los propios padres, y se exige el respeto a la vida y a los bienes morales y materiales del prójimo.

Deberes para consigo mismo: El cuidado de la propia vida, la exclusión de todo trato sexual fuera del matrimonio, el recto ordenamiento de los actos internos, etc.

La Biblia. "Tesoro de un pueblo" la llamó el célebre orador Donoso Cortés. Por la excelencia grandiosa de sus doctrinas, por sus valores literarios no discutidos, por su autoridad y prestigio jamás igualados, bien podría haberla llamado "tesoro de la humanidad".

* Adviértase que Moisés escribe en el siglo XV antes de Jesucristo, y no innova sino que recuerda y reajusta, después de la esclavitud y posible contagio doctrinario en el Egipto idólatra, el pensamiento tradicional de su pueblo. En consecuencia, si en las culturas orientales se encuentran semejanzas con ciertas afirmaciones de la religión hebrea —o del cristianismo que es su continuación— es evidente que son las doctrinas orientales las que deben a la primitiva cultura hebrea recuerdos adulterados y marcadas reminiscencias, tanto en el orden que podríamos llamar teológico, como en el propiamente moral.

1.03:17 (82)
)371.03:17

La palabra *"biblia"* es de origen griego, en plural, y significa: los libros. Llámase también "Sagrada Escritura", y podríamos definirla diciendo que es un conjunto de libros, escritos por diversos autores y en distintos tiempos desde Moisés hasta San Juan Evangelista, y considerados como fruto de una inspiración divina.

"En síntesis —dice Mons. Franceschi— la Biblia es un libro eminente y únicamente religioso, destinado a llevarnos hacia Dios, y no a instruirnos humanamente. De ahí que nada haya de técnico en su lenguaje, ni de precisión zoológica o mineralógica en sus clasificaciones de bestias o terrenos... Hay verdades que tienen por objeto la naturaleza, y en ellas sólo son competentes los sabios especializados; hay otras que miran a la fe, terreno en el cual los sabios, en cuanto tales, carecen de autoridad. Aceptamos las primeras cuando son formuladas por aquellos, siempre que nos traigan las pruebas de sus afirmaciones; y demostramos que la Biblia, si se la interpreta correctamente, no está en contradicción con esas verdades del orden natural. En cuanto a las segundas, que pertenecen al orden de la fe, constituyen ellas el dominio inenajenable del creyente iluminado por la revelación. El sabio habla su idioma propio; y el suyo el creyente: no debe pedirse a la ciencia la nomenclatura de la fe, ni a ésta el tecnicismo de aquella".

La Biblia está dividida en dos partes principales, que se llaman Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. La primera abarca cuanrenta y cuatro libros, de carácter histórico, profético, doctrinal, poético, etc. escrito *antes* de la venida de Jesucristo. La segunda comprende veintisiete: los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pedro, San Pablo, San Juan, Santiago y San Judas, y el apocalipsis, escritos *después* de Jesucristo.

Su lectura y profunda meditación es altamente recomendable, pero la *libre* interpretación es expuesta a muy serios peligros, por las graves dificultades que se oponen a su recta inteligencia, aun cuando no sea escasa la preparación doctrinaria del lector.

NOTA: El desarrollo de las bolillas restantes aparecerá en sucesivos cuadernos.